

DEPORTE

Albert Camus, el filósofo y escritor francés, dijo: “Todo cuanto sé con mayor certeza sobre la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol”. Había sido portero en su juventud, y se refería a que el sentido del deber que se aprende en un vestuario sirve para forjar la personalidad y prepara para la vida. El trabajo en equipo, el esfuerzo, la aceptación de la derrota y el placer de la victoria lograda en buena lid.

Años más tarde, el propio Camus trató el problema del terrorismo en su obra “Los justos”. Allí, se nos recordaba que ningún fin justifica los medios, y que el sacrificio de vidas humanas no hace más que anunciar nuevas formas de despotismo. ¿Qué habría pensado de los terroristas modernos que atentan, no contra dictaduras crueles, sino contra sociedades abiertas y democráticas? Posiblemente, le habrían escandalizado tanto la atrocidad de los medios como la injusta naturaleza de los fines.

Aquel joven guardameta llegó a ser Premio Nobel. Sus sólidas convicciones morales y humanitarias las reforzaron el olor del linimento, la hierba recién cortada y el miedo del portero ante el penalti.

Convendría recordar lo que de superación personal tiene el deporte. Tanto que, con su ejercicio, podemos comprender cómo el fanático no es sino un pobre idiota incapaz de aceptar las reglas más elementales.

Porque quizá la vida, como el fútbol, también sea un juego, sí.
Pero un juego muy serio.